

su blanca barba crecida
como de hombre estimado.

La buena espada tizona
puesta la tiene á su lado;
no parece que está muerto
sino vivo y muy honrado.» (1)

PAUL DE SAINT-VICTOR.

PAISAGE

En la margen sentado
contemplo la feliz naturaleza
mientras el manso arroyo
sus tersas ondas á mis pies destrenza.

Mariposas y pájaros
en torno mío y á bandadas vuelan,
y la brisa me trae
un raudal de perfumes que me besan.

Las ramas de los árboles
me rozan columpiándose ligeras,
y cánticos lejanos
me arrullan vagamente y me enajenan.

En tanto mis miradas
se pierdan á lo lejos de luz llenas
y en el vasto horizonte
del Ideal la silueta encuentran.

J. M. F.

FANTASIA

La tradición ha llevado hasta nosotros la historia de animales que hablaban, desde la serpiente del Paraíso hasta la burra de Balaam.

Si los primeros fabulistas atribuyeron á los animales, el don de la palabra, es evidente que debió de haber un tiempo en que los animales hablaron.

Hé aquí, pues, por qué estando yo un día echado en una esplanada abierta en medio de un bosque, ví llegar hácia aquel sitio animales de toda especie, como si trataran de reunirse en concilio.

El elefante, presidente por su mayor edad, resumió brevemente la cuestión que obligaba á reunirse á los irracionales.

—Animales, hermanos míos, —dijo— habeis sido convocados para resolver la gran cuestión de la inmortalidad del alma. El más cruel, el más sanguinario de los seres, el hombre, pretende que

todo muere con nosotros, mientras que él se reserva el privilegio de sobrevivirse.

Dice que el alma humana es inmaterial por naturaleza é inmortal por sus destinos.

Convenido: quiero creerlo, pues de otro modo sería verdaderamente injusto que este déspota de la creación no hallase en otra vida el castigo de sus excesos y de sus crímenes.

Uno de los escritores más pretenciosos de la especie humana, un hombre llamado Fenelón ha dejado escrito lo siguiente: «Lo que guía á las bestias es el instinto; pero este instinto es una capacidad que no reside en la bestia misma, sino que procede de la sabiduría superior que lo conduce.»

Así veis, pues, que el hombre, al negarnos el alma nos concede la superioridad de ser constantemente guiados por una *sabiduría superior*.

Haré observar de paso que los hombres queriendo agregar un epíteto glorioso al nombre de Fenelón, le llamaron el *Cisne*. Casi siempre dan ellos nombres de animales á las personas que se distinguen: Bossuet, águila de Meaux; Ricardo, corazón de león, etc., etc. De una joven inocente y pura dicen: «Es una paloma». Un hombre pacífico, «es un cordero»; hay otros que son «hormiguitas para su casa». En una palabra, siempre viene á tomar entre nosotros los buenos ejemplos....

Mas para no alejarnos demasiado del objeto de nuestra reunión, concedo la palabra á todos los que crean en la inmortalidad de su alma y quieran dar explicaciones sobre este punto.

La abeja.—Nosotras formamos por cuenta propia una sociedad completa. La abeja obrera representa el pueblo, la fuerza viva de la nación. La reina no sirve mas que para la incubación; se la alimenta convenientemente; cumple su destino á las mil maravillas, nunca contrae empréstitos y jamás muere estrangulada.

Desde la salida del sol hasta su ocaso todo es actividad alrededor de la colmena. Centenares de obreras llegan cargadas con su botín, y otras tantas parten con igual objeto. Las que están de centinela exploran los bagajes de las recién llegadas, y mas lejos hay otras que cuidan de separar todo lo que pudiera ser obstáculo á la circulación.

Nosotras sabemos construir, edificar, y distribuir convenientemente las habitaciones. Tenemos el don de la economía y de la previsión, y puesto que es preciso decirlo todo, tenemos también lances de honor y guerras civiles. Superiores, sin embargo, á la raza humana, cuando en una de nuestras ciudades hay sobra de población, sabemos contarnos, y un nuevo enjambre sale para fundar en distinto punto otra colonia próspera y floreciente....

(1) «Romancero general.»—Romance 905.—Anónimo.